

titud, le pidió el triunfo de su pueblo y la bendición sobre sus banderas.

Emocionado profundamente en el misticismo religioso de sus creencias bendijo el vino, que se convirtió en la sangre del Cordero, aquella sangre que cae, hace diez y nueve siglos, gota á gota sobre la frente de la humanidad!

Hidalgo estaba en su *Oracion del Huerto* apurando el cáliz del destino, porque Dios lo contaba ya entre sus mártires, como el pueblo en el templo de sus héroes!

Acabó la sublime ceremonia, Hidalgo tomó su acero, descendió de la roca y montando en su caballo, se adelantó seguido de su ejército al próximo campo, donde lo esperaba á pié firme su adversario.

III.

Trujillo al frente de su ejército esperaba á Hidalgo, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de tener.

Dice un testigo presencial, que ya la batalla habia comenzado en el Monte de las Cruces, y la gente de Hidalgo aun no acababa de salir de Toluca, formando un cordon no interrumpido en el trayecto.

El desgraciado jefe pedia suplicante á la corte de México, auxilio de hombres, porque su corazon pusilánime adelantaba aquella hora que debia llegar irremisiblemente.

Un capitán de navio llamado Juan B. de Ustaritz trajo refuerzos al campo de Trujillo, entre los que venian voluntarios á las órdenes de don Antonio Bringas y una chusma de mulatos, criados de don Gabriel Yermo y José Manzano.

El batallon de Tres Villas, á las órdenes de Mendivil, apoyado en los dragones de España, habia efectuado su retirada

del puente sin atreverse á combatir con las primeras guerrillas de los insurgentes.

La infantería la mandaba don Agustín de Iturbide, y Bríngas la caballería.

Trujillo situó sus cañones tras unos matorrales: el alma de los cobardes se revela en todas sus acciones.

El virey Venegas, no menos acobardado, dirigió una *carta-parodia* á su víctima del Monte de las Cruces, semejante á las palabras de Napoleón I, á la vista de las Pirámides.

“Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones *nos contemplan*; la Europa tiene sus ojos fijos en nosotros; el mundo entero va á juzgarnos; la España, esa cara patria, por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo espera todo de nuestro celo y decisión. Vencer ó morir es nuestra divisa. Si á usted le toca pagar este tributo en ese punto, tendrá la gloria de haberse anticipado á mí de pocas horas en consumir tan grato holocausto: yo no podré sobrevivir á la mengua de ser vencido por gente vil y fementida.”

Esa tirada de versos no pasaba del papel donde estaba trazada, porque el infortunado Trujillo no quiso *consumir tan grato holocausto*, y la *gente vil fementida* lo derrotó y venció completamente.

IV.

El ejército de Hidalgo adelantaba impasible sobre el campo hasta ponerse dentro de tiro.

Allende mandaba en jefe la acción, y sus compañeros Aldama y Abasolo se encontraban ufanos sobre el terreno.

Mientras que una gran sección del ejército caminaba de frente por el camino de Toluca, una parte de las fuerzas atravesaba

ba el puente de Atenco, situado sobre la orilla Sur de la laguna á la entrada de la hacienda de aquel nombre, y siguiendo luego por el lado de Santiago Tianguistengo y tomando el camino que viene por dentro del monte, salieron por distintos puntos hácia la parte del descenso de la cumbre para México.

No se había disparado aún el primer cañonazo, y la batalla estaba ganada atendiendo á la situación de los combatientes.

Los insurgentes iniciaban el choque por el frente y flancos del enemigo, mientras que algunas fuerzas comenzaban á apoderarse del camino á la capital retaguardia del ejército realista.

Hidalgo queriendo aún evitar la efusión de sangre, envió parlamentarios al campo de Trujillo.

Los enviados hicieron tales propuestas, que la oficialidad española aconsejaba á una voz la capitulación.

En aquellos momentos tuvo lugar un incidente que determinó el carácter feroz y sanguinario de aquella jornada.

Cuando los parlamentarios se alejaban del campo de Trujillo con la numerosa escolta que los había acompañado sin el recelo de una perfidia, se oyó una voz temblorosa que gritó: “Batallones, á ellos! fuego!”

Oyóse una detonación cerrada y se vió caer en la arena á los parlamentarios y á la multitud de hombres que los acompañaban.

Levantóse un grito de general indignación contra los españoles, crujió la artillería y comenzó la batalla.

Oíase un alarido gigante que se prolongaba á una distancia inmensa y repercutía en aquellas montañas como un eco del abismo.

Parecía la *hora final*.

Adelantóse en columna cerrada la fuerza insurgente y fué recibida á metralla por los *realistas*.

La masa compacta osciló como una ola al chocar sobre las rocas.

Tornó á combatir con mas denuedo, y fué rechazada dejando como huella un reguero de sangre en el camino.

Allende volteó la posicion de la fuerza enemiga enfilando sus cañones con tan buen éxito, que comenzó á poner en desorden el campo de los *realistas*.

Iturbide, que comprendió el movimiento, buscó á Trujillo en medio de aquel huracan; pero aquel miserable habia huido cobardemente al frente del enemigo, presentando el espectáculo de ser el primer desertor á la vista del ejército independiente.

Entónces Iturbide, ese hombre funesto, se declaró en jefe, y suponiendo órdenes, comenzó á organizar á los batallones que ya empezaban á desbandarse.

Hizo un movimiento por sus flancos, disponiendo que Bringas atacase la derecha del enemigo con su infantería y los lanceros de Yermo, sostenidos por algunas compañías de Tres Villas, mientras que personalmente y favorecido por lo escabroso de la montaña condujo á una parte de su fuerzas por el flanco izquierdo atacando la derecha del enemigo.

Sobre aquel monte se empeñó la batalla en un lance sangriento y terrible.

Iturbide tuvo que replegarse á su centro, al mismo tiempo que Yermo y Bringas que atacaron la izquierda volvian derrotados y buscando apoyo en el grueso del ejército realista.

Una bala atravesó á Bringas, que fué separado moribundo del campo de la reyerta.

Mendivil jefe de la artillería, cayó á su vez herido á los pies de sus cañones, que defendian la avenida principal.

Las fuerzas insurgentes convergieron sobre el pequeño llano donde se replegaba el enemigo, como tres fuerzas concéntricas para decidir el combate.

Allende se encontraba en los lugares donde el peligro se hacia mas terrible; repentinamente caballo y jinete rodaron por la arena.

—¡Otro caballo! gritó Allende levantándose y dejando al noble animal revolcándose en la sangre.

Entre aquella tormenta de humo y de metralla y aquel estruendo de gritos y detonaciones, la multitud se lanzó á *pecho descubierto* sobre la artillería que la diezmaba.

Este rasgo heroico de un valor desesperado, introdujo la demoralizacion entre los españoles, que se defendian en el último trance con ese vigor que da la situacion.

Iturbide, cuya voz no pudo ser escuchada, participó de aquel terror y buscó en la fuga la salvacion.

Su caballo atravesaba las laderas de la montaña como impulsado por el viento, el jinete iba sin sombrero, el cabello alborotado, la casaca desabrochada y el semblante lívido como el de un ajusticiado, parecia uno de esos fantasmas de las leyendas de Víctor Balaguer.

La cabeza empolvada y sudorosa de aquel hombre, se unguiría mas tarde para ceñirse una corona en el fatalismo de su patria y de su existencia.

V.

La batalla que habia comenzado á las ocho de la mañana con los lances sin consecuencia de las guerrillas, y cuyo vigor se notó desde medio dia, se prolongaba cuatro horas mas en una lucha sobrenatural.

Las flechas y las hondas luchando con la pólvora y el proyectil, la estrategia contra el valor ignorante, la experiencia contra las masas que no habian oido jamas ni la detonacion de un disparo.

Allende recorria las filas de su ejército, y el anciano cura arengaba á sus tropas, que atacaban con denuedo á pesar del fuego mortífero de la artillería enemiga.

Allende para mover sus cañones los arrastró *á lazo* con aquella pujanza que habia en su naturaleza y que se comunicaba á su espíritu.

Hidalgo comprendió que mientras la artillería no calmase sus fuegos, era imposible avanzar, el campo estaba obstruido de cadáveres y esto podia desmoralizar á sus soldados.

Un tumulto de indios se arrojó al fin sobre las piezas y las tomó con arrojó inaudito, matando bajo sus golpes á todos los artilleros.

Entónces la artillería de Hidalgo jugó con ventaja sobre los batallones y comenzaron los horrores de la derrota.

Aquellos infelices soldados se hallaron sin jefes, sin unidad de acción y defendiéndose por instinto, perseguidos y acribillados por el enemigo.

La multitud cargó sobre ellos por los puntos todos de la circunferencia, y la matanza se hizo encarnizada; cadáveres, armas y banderas fueron los despojos del combate.

Algunos desgraciados huyeron; pero todo el resto encontró tumba en la montaña histórica de las Cruces.

VI.

Las músicas saludaban á los vencedores, y el entusiasmo rayaba en locura.

Hidalgo estaba sombrío, su vista tenaz estaba fija en aquella arena ensangrentada donde yacian exánimes sus queridos soldados y compañeros.

Allende apareció sobre el campo rodeado de los generales, y llegándose á Hidalgo, le dijo descubriéndose la frente:

—Señor general, habeis ganado la batalla.

—Jóven, respondió el anciano, vos y vuestros amigos habeis conquistado los honores de la jornada, yo os lo cedo todos, por-

que sois valientes y os sacrificais por la patria..... Veneracion y respeto á los que han sucumbido en defensa de la libertad y la independencia!

—Viva Hidalgo! gritó Allende, y á su grito respondió el ardiente clamoreo de la multitud.

—Honor á los muertos! contestó el anciano, y su frente se oscureció y sus pupilas se velaron en lágrimas; tributo digno, sobre el campo de batalla, á los mártires de la independencia.

FIN DE LA TERCERA PARTE.